

Del 15-M al 17-S: los indignados ocupan Wall Street

Robert Matthews
Consultor del Norwegian
Peacebuilding Resource
Centre (Noref) en Oslo

El escenario

Hace algunas semanas mi nieta Adelaide, de 3 años de edad, me contó por *Skype* que había aprendido dos palabras nuevas: "protesta" y "cárcel". Aprendió ambas cuando una fresca tarde de otoño fue a visitar con mi hijo a la muchedumbre acampada en Zuccotti Park, lugar recientemente rebautizado como Liberty Square, y que se encuentra en el Bajo Manhattan. El espíritu de la primavera árabe, del movimiento español 15-M y de la ola de indignación que recorre Europa desde Atenas a Bruselas dirigida contra bancos, grandes empresas, la clase política y contra todos aquellos considerados responsables del inexorable declive de la economía, finalmente había atravesado el Atlántico. Otro precedente fueron las masivas protestas que a principios de año tuvieron lugar en Madison contra la política derechista y anti-sindicalista del gobernador del estado de Wisconsin.

El fenómeno progresista Occupy Wall Street es el movimiento contestatario más serio y extenso que ha tenido lugar en los EEUU desde las protestas contra la guerra de Vietnam en la década de 1960 y se produce como rechazo al deterioro político, social y económico de Estados Unidos.

El 17 de septiembre (la fecha de la ocupación de Wall Street había sido promovida desde el mes de julio por Adbusters, una organización anti-consumista canadiense) los manifestantes se dirigieron en primer lugar al edificio de la Bolsa, en el Bajo Manhattan, y a continuación a un parque cercano en el distrito de Wall Street, el centro neurálgico del capitalismo financiero de los Estados Unidos. Poco más tarde, una reacción desproporcionada de la policía ante una marcha

sobre el puente de Brooklyn tuvo como resultado el encarcelamiento de 700 manifestantes. Las nuevas palabras "protesta" y "cárcel" que había aprendido Adelaide proporcionaron a los "Indignados de Wall Street" la repercusión mediática que con su acción habían buscado y que necesitaban.

Poco tiempo después, el apoyo de los sindicatos neoyorquinos añadió fuerza al movimiento que hoy conocemos como Occupy Wall Street (OWS), un fenómeno que en un primer momento muchos trabajadores consideraron propio de una juventud inmadura y narcisista. En un principio, la actitud de los medios de comunicación (y de la derecha) hacia las protestas fue de desprecio e incluso hostilidad, y el Partido Demócrata reaccionó con recelo ante lo que consideraba una algarada teatral propia de una chusma compuesta por *hippies* sin ocupación entrados en años y estudiantes revoltosos. Pero en el transcurso

de un mes el movimiento se ha masificado y extendido a 150 ciudades repartidas por todos los Estados Unidos, y los medios de comunicación globales se han visto obligados a prestarle atención. Han llegado jóvenes de España con el fin de compartir la experiencia que adquirieron durante el verano en las acampadas de Madrid y Barcelona, y para ofrecer asesoramiento estratégico y táctico. El

15 de octubre, en solidaridad con las recientes manifestaciones en EEUU, los activistas generaron en un tiempo record un torrente de solidaridad a escala internacional sin precedentes, dejando patente su protesta contra la injusticia económica mediante movilizaciones organizadas en más de 900 ciudades de todo el mundo. Cabe destacar que en Madrid las movilizaciones tuvieron un seguimiento especialmente numeroso.

¿Cuál es la naturaleza de las protestas del OWS?

Al igual que el movimiento de los indignados del 15-M de Madrid y Barcelona, la insurgencia popular en EEUU tiende a ser *anti-statu quo*, anti-autoritaria y anti-jerárquica, y se muestra escéptica respecto a la fiabilidad y eficacia de los partidos políticos tradicionales. Agradece el apoyo de políticos y sindicatos, pero rechaza ser absorbida o eclipsada por éstos. El movimiento OWS exhibe un impresionante nivel de organización sobre el terreno y en el ámbito táctico: las asambleas, el estimulante sonido casi tribal del "micrófono humano" (un procedimiento mediante el que la multitud repite las palabras de los oradores para que se escuchen en las últimas filas), las decisiones tomadas por consenso, un centro médico, una biblioteca que presta libros, una página *web* e incluso un periódico, el *Occupy Wall Street Journal*.

Si bien es un movimiento global (como atestiguan la rapidez y la eficiencia con la que se organizaron las protestas del 15 de octubre), el OWS carece de una estructura organizativa estratégica global y aún tiene pendiente crear un movimiento que realmente avance. A día de hoy, es un movimiento incipiente, un trabajo sin terminar, un proceso más que un producto. Dispone de poco dinero y un exiguo poder, pero se enfrenta a un sector empresarial y a un sistema político que disponen de ambos en abundancia.

No obstante, supone un grito desesperado que da voz a un descontento, una rabia y una desesperanza, y que encuentra eco en muchos ciudadanos estadounidenses. Dotado de una energía contagiosa y aunando cánticos en inglés y en castellano ("el pueblo unido jamás será vencido"), OWS crece a la par que se multiplican sus acciones, revelando dónde reside el que hasta la fecha ha sido su mayor activo: su capacidad de reunir a ciudadanos norteamericanos de lo más diverso en torno a una pla-

taforma políticamente independiente que da voz a su descontento. La contribución más valiosa del OWS no ha sido ofrecer una solución a la crisis, sino haber sabido poner en el punto de mira con toda crudeza el deterioro que sufre la sociedad estadounidense y la situación desesperada que viven los desempleados, la gente sin hogar y los pobres. Y esto es algo que otros actores que detentan puestos de mucha mayor responsabilidad y de mucha mayor influencia política, por ejemplo en el Congreso, habían sido incapaces de llevar a cabo.

¿Qué factores desencadenaron las protestas del OWS?

Existen múltiples causas que explican la insatisfacción que se extiende por EEUU. Muchas de ellas son coincidentes con los factores que impulsan las protestas contra la injusticia económica y la corrupción política que se suceden en Europa, Oriente Próximo y en todo el mundo. Un factor específico en EEUU lo conforman aquellas personas que confiaron fervientemente en que Obama repararía el daño causado al país durante los años de gobierno de Bush. Ahora se sienten defraudados por la política de compromisos y concesiones de la Casa Blanca a los conservadores, y porque la Administración Obama puso en suspenso las implacables leyes del capitalismo para rescatar a Wall Street en lugar de ayudar a sus víctimas. La crisis económica, que incluye las deudas contraí-



C. BARRIOS

das durante su formación por muchos estudiantes universitarios ahora graduados, pero desempleados, agudizó esta percepción entre los jóvenes sin trabajo. Como reacción, los jóvenes, en lugar de depositar sus esperanzas en una sola persona, se han decantado por crear un movimiento de masas que confían les ayude a remediar su precaria situación. De hecho, entre los objetivos tácitos del OWS está la creación de una arqui-

ectura global de conciencia pública. El rechazo a los liderazgos y la preferencia por "las adhesiones" forma parte de esa nueva conciencia colectiva.

El telón de fondo de las protestas lo constituye la evidencia cada vez más nítida de que el deterioro económico y social en los EEUU es de naturaleza no solo coyuntural, sino también estructural. Las razones principales anteceden a la severa recesión y la débil y titubeante recuperación de la economía que hemos vivido durante los últimos años, pero la crisis ha acentuado los problemas preexistentes. La tasa de paro oficial ronda el 9,1%, lo que significa unos 14 millones de desempleados. Otros 10 millones están subempleados o han abandonado la búsqueda de empleo. Y cada día parece más evidente que esta situación social en los EEUU tiene visos de adquirir carácter permanente.

El mayor activo del movimiento Occupy Wall Street es su capacidad de reunir a ciudadanos norteamericanos muy diversos en torno a una plataforma políticamente independiente que da voz a su descontento social.

Las protestas del OWS tienen lugar en un momento en que uno de cada seis estadounidenses (lo que supone una cifra mayor que la población de España) vive en la pobreza, mientras el país contempla impasible cómo se continúa incrementando una desigualdad que ya es abrumadora. El 1% de la población ingresa el 25% de la renta nacional y el 20% más favorecido posee el 84% de la riqueza, dejando al 40% más desfavorecido un insignificante 0,3% del patrimonio. Simultáneamente, el sistema político de los EEUU se encuentra paralizado, sumido en enfrentamientos enquistados. Otros datos estadísticos que revelan la crudeza de la situación social aumentan la cólera de los que participan en las protestas. Por citar solo dos: la tasa de mortalidad infantil en los EEUU es de las más altas entre los países industrializados. EEUU ocupa el puesto 47 (España por ejemplo está en el 11). La esperanza de vida en EEUU es tres años inferior a la española, lo que sitúa al país en el puesto 50 a nivel mundial (España ocupa el puesto 17). Sin duda los manifestantes darían la razón al cómico Geroge Carlin cuando afirma con sarcasmo que "para creer en el sueño americano hay que estar dormido".

¿Se marchitará el OWS?

Si bien no se puede clasificar el OWS como clásico movimiento de izquierdas, tiene un claro matiz progresista. De momento ha sido capaz de desplazar al derechista Tea Party de la atención que los medios de comunicación y la opinión pública habitualmente reservan a los populistas que con aire de superioridad moral divulgan su indignación. Dado que en un futuro próximo no es previsible que el movimiento disponga ni de una organización nacional ni de recursos económicos suficientes (si bien el 15-O movilizó en todo EEUU contribuciones por valor de 300.000 dólares), ha de basarse en su potencial humano y continuar expandiendo su influencia ganando adeptos y ampliando su ámbito geográfico. Para lograrlo necesita encontrar la forma de mantener y potenciar su fuerza actual mediante la sucesión de acciones y abordando los conflictos con creatividad e imaginación, incluso durante el crudo invierno que se avecina.

El movimiento OWS ha de cortejar a la opinión pública con esmero y astucia, para evitar correr la misma suerte que su rival populista en la derecha política, el Tea Party, que está perdiendo apoyos. Las últimas encuestas son esperanzadoras: un 54% de los estadounidenses tienen una opinión favorable del OWS, mientras que 27% opina lo mismo del Tea Party. Pero el OWS debe desmentir a los escépticos y convertirse en políticamente relevante. Queda por ver si es capaz, y hasta qué punto, de influir en los defensores más honestos de la corriente política mayoritaria en los EEUU, así como en la suerte del Partido Demócrata en las elecciones de noviembre de 2012.

El futuro del OWS estará condicionado tanto por la historia de los EEUU como por su trayectoria más reciente, y también por la evolución del movimiento global de protesta. Citando a Carlos Marx: "Los hombres labran su propia historia, pero no como ellos quisieran". El fenómeno progresista OWS es el movimiento contestatario más serio y extenso ocurrido en los EEUU desde las protestas contra la guerra de Vietnam en la década de 1960. Esperemos que tenga más éxito en su intento de acabar con (o al menos controlar) la codicia ilimitada del mundo empresarial que aquél cuando luchó por poner fin a la participación de EEUU en guerras sangrientas, onerosas e innecesarias. **TEMAS**

Traducción: Roger García Lenberg